

FENOMENOLOGÍA

EMMA FLOTANDO EN EL ESPACIO

IX Premio Vida y Salud de Narrativa (2008) Modalidad absoluta

Rafael Perales Jódar



*A mi hermano Gabriel,
del que aprendí a amar libros y caminos,
y al que he estado a punto de seguir
en el que fuera su último vuelo.*

Había comenzado a llover en octubre; estábamos en mayo y casi no había cesado. Desde mi cama podía ver cómo evolucionaban los plumizos nublos dejando chubascos por doquier mientras el sol lograba colarse a intervalos, proyectando esas luces que tanto me gustan en medio del paisaje empapado. Fue el año más lluvioso de cuantos recuerdos. Hasta la primavera del 2001 todo había ido bastante bien, si exceptuamos episodios aparentemente intrascendentes, como pequeñas inundaciones y catarros pasajeros por causa de la humedad excesiva. Conocí a Emma cuatro años antes, y dos años y medio después nació León. Tras un apasionado periodo de encuentros esporádicos con kilómetros de por medio obligados por nuestros respectivos trabajos, por fin, al comienzo del curso, habíamos logrado vivir bajo el mismo techo en un pequeño chalé situado en una umbría y

romántica colonia de veraneo al noroeste de La Loma, con algunas villas de principios del siglo pasado, una ermita y dos sombreadas y sobrias caserías por donde corría el agua a raudales, probablemente ejerciendo ya sobre mi persona su más siniestro poder telúrico.

En noviembre había recibido un premio por una de mis esculturas en bronce y lo habíamos celebrado discretamente en casa con cuatro amigos a la luz de las velas, debido a un apagón producido por el temporal. Seis meses antes había expuesto en la ciudad mis últimos trabajos en terracota, bronce y mármol, obteniendo bastantes halagos y pocas, aunque para mí suficientes ventas. A mis cuarenta y cuatro años no era más que un profesor de modelado en una Escuela de Artes de pueblo y la escultura siempre me había dado grandes satisfacciones, aunque rara vez económicas, por lo que estas tímidas muestras de reconocimiento -a parte de proporcionarme una mínima expresión de vanidad- me permitían, al menos, amortizar los materiales y seguir a lo mío. Nunca, por otra parte, había aspirado a mucho más: no aceptaba la presión a la que es necesario someterse para situarse en medio de la corriente sin ser arrastrado por ella. El día 28 de abril de 2001 celebramos el segundo cumpleaños de León en el jardín, junto a mi madre, mi hermana, su marido y un amigo común, en uno de los más que escasos días en que brilló el sol durante ese curso. Fue un día alegre y mi madre rebosaba buen humor. Nunca volvería a verla tan feliz. Diez días después despertaba en la U.C.I. tras haber sido intervenido de urgencias. La noche anterior me había encontrado muy mal cuando salía de escuchar el Requiem de Verdi en un elegante hospital renacentista: ironías del destino. Seis meses más tarde me diagnosticaban un cáncer. Hasta el día de hoy, pasados seis tristes años, he

sufrido nueve operaciones en cuatro hospitales, seis de ellas de alto riesgo incluidos dos trasplantes. Morirse, a veces, no es tan fácil. Hay que reconocer que yo no quería morirme todavía, quería ver crecer a mi hijo y me encontraba en la que era, sin duda, la mejor etapa de mi vida. Aquellos días de mayo ingresaba en el gremio de los "carne de hospital". Mi primer compañero de habitación pertenecía a esa paciente sociedad, aunque él estaba más allá del bien y del mal. Tendría mi misma edad y procedía de la planta de salud mental, aunque creo que había pasado por casi todas. No sé la gravedad de sus diferentes patologías, pero lo que sí sé es que sufría, sufría mucho... mucho más que yo. Estaba solo. Le brillaban los ojos cuando veía aparecer a Emma con un ramo de flores frescas y su chispeante sonrisa; una mujer con la alegría de una niña en la cara. Un día, acababa de despertarse y me confesó que "había visto a mi mujer flotando en el espacio", y lo dijo con un tono de absoluta convicción, de devoción extrema. Me la imaginé con sus flores dentro de un cuadro de Chagall, en una postura imposible, queriendo asir mi mano, o tal vez soltarla para flotar libremente mientras él, postrado en una antigua cama de hospital, desde un rincón del cuadro observaba su vuelo. Pasó el tiempo y, aunque mis recuperaciones tras cada operación eran inmejorables, mis escasas fuerzas, mis maltrechos abdominales y la falta de concentración, salvo excepcionalmente y en materiales ligeros, no me permitían trabajar. Por otra parte, ni falta que me hacía, porque en esas temporadas solo pensaba en sobrevivir...Y en vivir. Leía sin cesar, hasta llegar a duplicar el número de volúmenes de mi biblioteca en solo cuatro años. Llegué a realizar la proeza de zambullirme en la lectura de *En Busca del Tiempo Perdido* y mantenerme en su corriente hasta el final sin más interrupción que los sueños, y fue, por cierto, una placentera y prolongada experiencia estética. Me entristecía ver a todas esas personas que, sabiendo leer, pasaban las largas horas de los hospitales mirando al techo o escuchando algún artefacto infame, consumiendo el tiempo sin provecho alguno. Cuando podíamos, salíamos de viaje los tres y nos divertíamos caminando por las montañas o en playas solitarias. Para mí, viajar había sido siempre una necesidad. He viajado en libertad desde mi adolescencia y duran-

te estos seis tremendos años me las he ingeniado, a pesar de algunas opiniones en contra, para hacerlo a sitios tan diversos como la Patagonia, Italia, Marruecos o Escandinavia. Viajando me siento en mi medio, como en mi taller pero con un trabajo menos penoso. Los viajes liman y pulen las aristas causadas por la vida, y el tiempo apremiaba, pues yo sabía que nada estaba solucionado ni siquiera a medio plazo. En uno de esos viajes íbamos por una pista polvorienta que, entre palmitos y pitas, serpenteaba hasta alcanzar una cala. Al virar una curva, León, que tenía tres años, dijo de pronto que allí era "donde aterrizó su nave", porque él "procedía del espacio". Lo dijo con el candor y la convicción que solo pueden tener los niños... Y los locos. Ahora, a punto de cumplir cincuenta y un años, hace exactamente nueve meses del último, quizá penúltimo, trasplante. Mi madre falleció hace casi cuatro años, creyendo (¿lo creería realmente?) que yo estaba plenamente recuperado. Regresaba de Chile justo para despedirla. Murió a los ochenta y dos, antes que yo y como ella deseaba: en su casa, tal y como debe ser. A mí no me importaría morir en un glaciar o en un desierto, pero mis cenizas quiero que reposen al pie del estanque de esta casa donde ahora vivimos, con su coqueto jardín y su gran estudio, a los pies de la sierra más alta de la península a la que acaban de llegar las primeras nieves: un lugar fresco y seco. He comenzado a crear de nuevo, y pienso, como siempre, que "ahora todo va bien". Veo cómo crece mi hijo, tengo mucho tiempo para él. En estos momentos juega en el centro del taller, más cerca de Emma, que está de pie pintando, mientras la luz blanca de esta fría tarde de noviembre entra a raudales por tragaluces y ventanales a través de los que se aprecia caer las hojas de los álamos, y recuerdo mi vida quebrantada, y a mi mente afloran todos los momentos felices pasados juntos, y pienso que son muchos a pesar de haber pasado otros tantos flirteando con la muerte. Me digo a mí mismo que todo esto no ha sido en vano; que he aprendido enormemente de mi dolor, de mis pasiones; que uno descubre qué es la felicidad cuando ha sufrido, cuando se tiene la oportunidad de contrastar el dolor con el placer. Me siento privilegiado por esto. Mientras suena la Pavana para una Infanta Difunta, pienso en la belleza de la que me

he rodeado o he sabido encontrar hasta en mi pobre compañero de habitación. Miro a Emma desde el extremo opuesto del estudio y sus contornos se desdibujan en la luz que empieza a ser naranja en el atardecer. Pienso en lo que ella ha sufrido también; en cómo estuvo todo a punto de esfumarse al principio por culpa de un tratamiento que provocaba unos tremendos cambios de carácter y un

inmenso cansancio, y no nos entendíamos; en cómo hemos sido tallados con ferocidad y eficacia por los golpes maestros del cincel del tiempo. Y entonces la veo elevarse por encima de su caballete y, entre los colores de sus botes de pintura, flotar en el espacio.

noviembre de 2007



EPÍLOGO

La búsqueda de la belleza es uno de los más saludables hábitos de la existencia humana. La naturaleza, la música, la literatura, el arte y, sobre todo, el amor, son fuentes de vida y felicidad; liberan y enaltecen el espíritu, abstrayendo de la cruda

y prosaica realidad su esencia más poética; contribuyen eficazmente a la superación de los momentos más amargos de la existencia; y, en cualquier caso, constituyen buenos alicientes para la vida -tal vez los únicos- ante la proximidad de la muerte.